

EL CAMINO DE SANTIAGO POR EL BIERZO

UN VIAJE EN 1434

SERAFÍN BODELÓN GARCÍA

Era una tarde de agosto del año de gracia de 1434. Los jinetes iban pasando las escabrosas cimas del vetusto Camino de Santiago por los altos de Foncebadón, el *Fonsabaton* medieval; sus habitantes estaban exentos de impuestos por orden del rey Fernando II. Ellos colocaban los altos y gruesos palos que jalonan el camino en la cresta del monte, para mejor guiar a los peregrinos en épocas de nieve, de niebla o de ventisca. Los jinetes descabalgaron junto al hospital de San Juan de Irago, donde Ramiro II convocó el Concilio del Monte Irago; allí tomaron una leve refección y después cumplieron con el rito de lanzar una piedra en la Cruz de Ferro, eco cristiano de similar costumbre pagana en honor a Mercurio, dios protector de los viajes. Pronto se inicia la bajada, lenta y prolongada, hacia tierras del Bierzo, dejando atrás la Maragatería. Abundan por doquier brezos y jarales. Pronto llegan al Acebo, cuyas casas con sus aleros y corredores sombrean la calle adentrándose en ella y cubriéndola en gran parte, formando un vetusto y primoroso conjunto de sabor arcaizante; entraron en la pequeña iglesia del Acebo y oraron ante una imagen de Santiago, que ya ha visto pasar peregrinos durante dos siglos por estos andurriales. Traspasado el pueblo, dejan a la izquierda la bajada peligrosa y prominente hacia la histórica Compludo, mansión famosa otrora, cuna de la vida cenobítica hispana; allí tuvo su asiento la primera fundación monacal de San Fructuoso a mediados del siglo VII; y allí escribió su célebre *Regula monachorum* y quizás también la *Regula communis*; estos textos rigieron la vida cenobítica de los cenobios de los reinos de la España cristiana hasta la llegada de los cluniacenses a fines del XI. Por fortuna los caballos de nuestros viajeros estaban bien calzados y ferrados; no necesitaron por ello bajar hasta Compludo para solicitar los servicios de la herrería monacal, que ya por entonces había prestado servicios durante más de setecientos años. Los montes pardos y resecos comenzaban a tornarse mansamente ocre y violetas con abundancia de matorrales, madroños y encinas; el tomillo y el espliego proliferan sobre los brezos y jarales. Pronto aparece Riego de Ambrós recostada al sol de la tarde; su caserío, cual serpiente adormilada, se extendía a lo largo del Camino de Santiago; los habitantes viven de sus rebaños de cabras y ovejas, leche, quesos y lana; también cosechan centeno y algunas legumbres; es una población cuya jurisdicción depende del obispado de Astorga desde tiempos de Fernando II, hacía ya cosa de dos siglos, según un vecino del pueblo les explicó al pasar; sólo sobresalían del caserío las relucientes torres de las dos ermitas, la de San Fabián y la de San Sebastián, y, ya en la azulada lejanía, verdeaban las ramas más altas de los árboles en el fondo del valle. Los cascos de los caballos repiqueteaban sus metálicos sonidos cada vez que sus herraduras golpeaban en algún guijarro del camino. Los brezos y jarales van tornándose ya cada vez más escasos a medida que nuestros hidalgos caballeros andantes descienden;

curva tras curva aparece la silueta de algún fresno y algún castaño corpulento. Los caballeros empiezan a complacerse con los cambios del paisaje y también sus acompañantes, pajes, vasallos y palafreneros. Amapolas y violetas pueblan los recodos, cercano ya el fondo angosto del valle por donde se despereza el río Meruelo, como surgiendo de un tibio y lento sueño oprimido entre altos montes.

Aparece de pronto tras una curva el santuario de La Preciosa y tras él, el insomne caserío de Molinaseca, arracimado y alargado flanqueando el camino a continuación del vetusto puente. Caía aquella esplendorosa tarde de agosto y el sol doraba a lo lejos las combadas crestas de las montañas, sobre las que destacaba la Peña del Seo con tonos amarillentos y bermejos. Rojas amapolas, algunos lirios, geranios rojos y blancas margaritas ornaban el camino polvoriento a la entrada de la villa entre el santuario de La Preciosa y el vetusto puente.

—Aunque Ponferrada está ya próxima, mejor será remansar nuestros ánimos cansados en tan bello paraje, similar a un bálsamo encantado para caballeros andantes— dijo Joan de Camós.

—Mal no vendrá reponer fuerzas que aún me zahieren el alma los farautes, heraldos y trompetas aquellos del Paso Honroso de Suero de Quiñones— apostilló Bernat de Requesens.

Llevaba Camós un valeroso caballo comprado en Vic, ornado con paramentos bordados en claros tonos verdes, en donde relucía el brocado escarlata de sus emblemas heráldicos. Portaba Bernat un ligero corcel crecido en las bravas laderas del Montserrat, donde tal vez se había dulcificado con los tiernos trenos y motetes monacales. Vestía calzas de grana y doradas espuelas italianas. Asintió Riambau de Corbera a la idea de demorarse en Molinaseca, pues estos cerros agrestes con el valle reposado en lontananza le traían la melancolía de su tierra natal. Francí Desvalls, ávido por llegar a Compostela, prefería proseguir el viaje, previo leve descanso para tomar unas viandas y sendas visitas a las dos iglesias de la villa, que ya se divisaban cercanas apuntalando el cielo desde el fondo del valle. Asbert de Claramunt no pudo terciar en el asunto; este infortunado caballero andante catalán había muerto el seis de agosto en el encuentro con Suero de Quiñones. Tal muerte puso fin a la contienda caballeresca del Paso Honroso sobre el puente del Órbigo, muy cerca del lugar en donde a mediados del siglo V, exactamente el cinco de Octubre del año 456, se habían batido las huestes godas contra los suevos. Un peregrino con ínfulas de aedo contó en Molinaseca a los caballeros andantes aquellos hechos terribles en los siguientes términos:

—Hubo grandes señales en el cielo de que algo terrible se avecinaba. Hubo grandes temblores en la Galecia. El cuatro de abril, poco después de ponerse el sol, “el cielo comenzó a ponerse rojo por el norte, como teñido de sangre y fuego”, como cuenta Idacio en su *Crónica*. El veintiséis de septiembre hubo un eclipse de luna. Un cometa apareció por el este el veintiocho de junio y a principios de agosto comenzó a verse por el poniente. Así llegó, después de la cruenta batalla, el saqueo y destrucción de Astorga, Palencia y Braga.

Jofre Jardí completaba la media docena de caballeros catalanes que peregrinaban a Compostela; Jofre opinó que era preferible detenerse; y amén de rehacer sus cuerpos y sus espíritus, preciso era reali-



Foncebación. Cruz de Ferro. Fotografía Alfonso García



El Acebo. Fotografía Alfonso García

zar ofrendas y oraciones por el noble caballero Asbert de Claramunt, mártir de la caballería, a quien el obispo asturicense no permitió enterrar en lugar sagrado. Entraban en Molinaseca, cuando Jofre evocaba las palabras, con las que Pedro Rodríguez de Lena, escribano regio y notario de los fastos del Paso Honroso, había descrito a Claramunt ya muerto:

“Era un home tan alto que era maravilla, e tan seguido que cosa en sí non parecía mal puesta, ca dubda sería si en mil homes escogidos se pudiese fallar cuerpo de home tan fuerte ni tan aventajado”.

Cruzaron los próceres el vetusto puente de añosas piedras, y sus imágenes, temblando en el agua, formaban halagos y requiebros de cristales. Parecían allí recreadas y dormidas, tras el espejo de las aguas, todas las efigies y simulacros de cuantos caballeros andantes otrora cabalgaron hacia Compostela. Porque, ¿cuántos de entre los célebres y afamados caballeros andantes que han sido, no recorrieron en son de peregrinaje o en busca de aventuras, esta celebrada ruta? ¿Y cuántas damas no habrán contemplado desde este puente la imagen de sus beldades, reflejada en el cristal de las aguas?

Corría el año de 1434. Era año jubilar, pues la festividad del ínclito patrón de las Españas ocurría en domingo. Avanzaba el mes de agosto; preciso era aprovechar el estío para andar los caminos, ahora que los días eran bastante largos. Tras el puente, a la derecha, estaba la hospedería, donde los andantes caballeros catalanes pidieron hospedaje, refección y cama para ellos y para sus pajes, vasallos y palafreneros, así como forraje para jamelgos, rucios y corceles.

La hospedería era un edificio murado y pétreo, similar a un inexpugnable y bélico bastión; a veces, las azarosas aguas mal encauzadas del Meruelo, habían llegado a lamer en crecidas invernales las viejas piedras, pero no habían podido socavarlas. El hospedero, muy amigo de la historia de su pueblo, informó a los caballeros sobre esta noble villa de Molinaseca.

—Esta villa debe tener al menos una existencia de cuatro siglos; entonces se llamaba *Siccamolina*, porque sus muchos molinos se quedaban secos en verano, entonces como ahora— apuntó el hospedero.

—Pero ¿desde cuándo hay documentos que hablen de esta villa?— indagó Francí Desvalls. Y repuso el mesonero:

—Al menos desde el año 1097, pues en tal fecha un documento del cercano monasterio de San Pedro de Montes escribe la frase siguiente: *carraria que discurrit ad Molina Sicca*, es decir, “la carretera que discurre junto a Molinaseca”. En nuestro leonés de aquí *carraria* es *carrer* en el catalán de ustedes— precisó el hospedero.

—¿Quiere usted decir que los documentos de ese monasterio están escritos en leonés?— inquirió el catalán, que era ávido lector de Ausias March.

—No exactamente. Los escribanos intentan ofrecer su redacción en lengua latina, pero se les cuelan leonesismos de lo que hablamos por aquí— repuso el culto mesonero, que estaba haciendo su particular colección de palabras en leonés. Además, desde la unión de León con Castilla en tiempos del rey Fernando III, va quedando poco de leonés y el castellano se ha ido imponiendo poco a poco a través del Camino de Santiago.

Salieron luego los caballeros catalanes a visitar las dos iglesias de esta famosa villa, para orar por su compañero Asbert de Claramunt, muerto poco ha en la contienda caballerescas del Paso Honroso. En San Nicolás oraron ante la efigie de Santa Apolonia, que ya ha visto, desde hace dos siglos, desfilar a muchos peregrinos ante su imagen. Cruzaron de nuevo el añoso puente para orar en el santuario de La Preciosa, de cuyas puertas carcomidas más de un romero se lleva un trocito de madera a modo de reliquia. Tendrán que acabar poniendo puertas de metal, para que los romeros no puedan llevarse trozos, pensó Jofre Jardí, que amén de caballero andante era un catalán práctico, es decir, más amante de la praxis que de la idea.

Salían del templo los caballeros catalanes, cuando pasaban ,en corceles bien aderezados, dos bellas damas y un caballero con pajes y sirvientes. Estaba ya casi anocheciendo y tal vez se quedarían a pernoctar en la villa. En efecto, descabalgaron tras cruzar el añoso puente. Eran Pedro de la Vega, noble castellano romero a Santiago, su esposa Leonor de la Vega y Guiomar de la Vega, noble viuda ésta, pero todavía de buen ver y de mejor catar. Había en ambas damas un poso tierno y a la vez un aire de altiva suavidad y de tenue dulzura. Destacaba entre sus ropajes relucientes la tez de sus caras, cual manzanas sonrosadas. Pronto llegó la hora de la cena.

La cena fue un agasajo bien nutrido. Se sirvieron peces y truchas del Meruelo, perdiz y codornices de los montes de Compludo, huevos y aves de corral de Columbianos, redondas lonchas de chorizo de Bembibre; de postre sirvieron quesos de oveja, fabricados en Cervantes y en Canteixeira, en cuyos montes de los Ancares sestea en verano el rebaño de la abadía de Carracedo; hubo también frutos secos, nueces del valle del Oza y almendras de Lombillo; sirvieron después frutas del tiempo, higos de Corullón, ciruelas de Quilós y peras de Cacabelos. Se bebieron vinos blancos de Naraya y claretes color cereza de Narayola. Los caballeros andantes catalanes auguraron que había sido una cena suculenta. Guiomar y Leonor, que estaban sentadas frente a Rimbau y a Francí, añorantes de gentes de otras tierras, no cabían en sí de gozo. Ayudaba a ello, como es natural, la complacida anuencia estomacal, agradecida con el vino blanco de Naraya y el clarete de Narayola color cereza, amén de las tiernas aves de Columbianos, las deliciosas perdices de Compludo, el sabroso chorizo de Bembibre, el queso de Cervantes y Canteixeira y las truchas y peces recién pescados en el Meruelo. Ellas contaron a los catalanes que el quince de Julio un tal Pere Daviu, caballero andante valenciano, se batió por ellas en el Paso Honroso. Pere Daviu se enfrentó por ellas al mismísimo héroe Suero de Quiñones, leonés de pro. Así narró tal aventura la dulce Guiomar, tan bella dama como parca en palabras:

— Iba Suero armado de platas sencillas, con una blanca camisa bordada con figuras en forma de rueda. En la tercera carrera Daviu dio al leonés junto a la sien derecha con su lanza, le metió hasta la mitad su hierro y rompió allí su lanza.

Ignoro si Rimbau de Corbera captó la metáfora del sentido de las palabras de Guiomar, que sin duda ella entrevió, pues las damas son más sutiles y suspicaces que los hombres en contiendas de amor. Y Leonor quiso también meter baza en esta lid y romper una amorosa lanza en tal contienda, aprovechando que su marido iniciaba con un leve suspiro un maravilloso sueño, que el dios Morfeo dulcemente le enviaba. Así *fabló* Leonor:

— Caído estaba en el suelo Suero de Quiñones. Y Suero dixo en altas voces: No es nada, no es nada. ¡Quiñones, Quiñones! – musitó con jocosa vocecita Leonor reprimiendo el gozo.

Mas esta vez Francí Desvalls sí captó la onda amatoria, mientras Leonor, bajo la mesa, como por calculada y ambigua casualidad, dejaba que su pierna rozara suavemente la del andante caballero.

Pidieron más vinos blancos de Naraya y claretos color cereza de Narayola. No se sabe qué delirios esconden en sus entrañas las verdes colinas del Bierzo; pero sus vinos consiguen exaltar corazones, obnubilar mentes, olvidar frustraciones, vislumbrar sueños, avizorar esperanzas y apurar nuevas quimeras, en busca de siempre renovadas sensaciones. Francí Desvalls pidió al mesonero que dijese algo sobre los vinos de esta tierra. Y entonces habló así el hospedero complacido y con voz semidoliente:

—Ya que a usted le gustan los documentos, le diré que San Valerio, abad de San Pedro de Montes, aquí cerca como a dos leguas, escribió en tiempos visigodos, a fines del siglo VII, sobre el vino del Bierzo; dijo que era producto exquisito y principal de esta tierra.

—¿Tan antiguos son estos vinos blancos de Naraya y los claretos color cereza de Narayola?— inquirió el caballero andante catalán, pensando que en Cataluña sólo hacía dos siglos que el Císter había introducido la afición a los mejores caldos vinosos.

—Pues verá usted. En tiempos visigodos debía haber sólo pequeñas viñas, alternando con pequeños huertos, según nos cuenta San Valerio no sé si en su *Epithameron* o si más bien en su *Vita Fructuosi*. Pero desde hace dos siglos los monjes de Carracedo han esparcido de forma sistemática los viñedos por todo el Bierzo. Y sus primeras y principales plantaciones fueron precisamente las de Naraya y Narayola; después vinieron plantaciones en otras granjas y posesiones como Sorribas, Cacabelos, Cortiguera, San Andrés de Montejos; y también aquí mismo en Molinaseca, ya que dependemos desde hace un siglo de Carracedo, desde 1336 exactamente, tras una permuta con los monjes de Sandoval.

—Es decir, el vino que bebemos en realidad es de los monjes de Carracedo—esgrimió el caballero catalán; a lo que repuso el mesonero:

—Las viñas sí son del monasterio de Carracedo; pero el vino es nuestro; pagamos los foros a los monjes, como dueños de las viñas, pero el producto es nuestro; por eso no somos pecheros de la Corona, sino vasallos del abad de Carracedo, como antes de Sandoval, de Carrizo y del obispo de Astorga; e incluso el lejano monasterio de Sobrado dos Monxes, ya cerca de Compostela, tuvo posesiones en Molinaseca.

—Complicada parece la historia de este pueblo— intervino la dulce Guiomar con cierto aire de fatiga y aburrido abatimiento, que el mesonero atajó con magistral intento de aclaración, diciendo:

—No tanto señora, muy al contrario; pues verá usted qué simple es la historia de esta villa, si se la cuento. El rey Alfonso VII en 1134 donó la villa al conde Don Ramiro Froilaz por sus servicios; a su muerte el conde donó la villa a su esposa Doña Elvira Osoriz. Esta dama al morir donó la mitad de la villa al obispo de Astorga; la otra mitad pasó a Doña María, nieta del conde Don Ramiro Froilaz y fundadora del monasterio de Carrizo; y Doña María de su parte donó la mitad para Carrizo y la otra mitad para Sandoval, cenobios cistercienses, femenino el uno y masculino el otro. Y la parte de Sandoval pasó a Carracedo en 1336 por mutuo intercambio de bienes, como antes he dicho. Pero desde 1193 Astorga, Carrizo y Sandoval detentan el señorío de Molinaseca; y ellos en dicha fecha concedieron a esta villa el *Fuero de Molinaseca*, por el cual nos regimos desde entonces; así viven aquí mercaderes, artesanos y campesinos, pagamos nuestros foros, labramos



Molinaseca. Santuario de Las Angustias. Fotografía Marina Riesco (Archivo I.L.C.)

las viñas, explotamos pastos, cuidamos los bosques y los trece molinos, que dieron fama y renombre a esta villa.

—Hermosa historia— apuntilló Riambau de Corbera, que había escuchado con admiración atenta.

Don Pedro de la Vega, marido de Leonor, dijo que le disculpasen; que se iba a dormir, pues el báquico elemento de los blancos de Naraya y los claretos color cereza de Narayola se le había subido a la cabeza. Después, mientras sobre las viejas piedras del vetusto puente algún trovero desgranaba una canción al son de la vihuela, contaron los caballeros catalanes sus aventuras en el Paso Honroso. Y Riambau comenzó diciendo con mesura:

—“A la primera carrera encontré a Baçán por la bavera e rompí la lança en él en pieças, quedando la punta de fierro en la bavera; e Baçán quedó un poco atordido, mas no mucho, como algunos dixeron, e por eso non perdió la lança, aunque sí la compostura”— así habló el caballero Riambau de Corbera con parquedad extrema.

Eso fue el jueves cinco de agosto. Y seguidamente entró en liza el mismo día Francí Desvalls, quien expuso así sus lances y aventuras a las bellas damas en Molinaseca, ya apurados los postres, mientras seguía sonando fuera, a la clara luz de las estrellas, el suave ritornello de la música de un juglar y un cantor aedo. Esto fue lo que contó Francí Desvalls:

—“En la carrera tercera topé a Lope de Aller e dióme en el braçal izquierdo, falsándomela e desguarneçióme el guardabraço e despuntó el fierro, sin romper lança. A la quinta carrera alcançóle mi fierro por so el sobaco diestro, por do armadura ninguna puede haber, e fizole una gran ferida, de que salió mucha sangre y rompí mi lança en él”.

Después se sirvió otra ronda de vinos blancos de Naraya y claretos de Narayola color cereza. Pidieron luego las bellas y nobles damas castellanas que contaran, cómo había sido la muerte del caballero andante catalán Asbert de Claramunt, de quien ya habían oído hablar al cruzar el Órbigo en el Paso Honroso. Gustosos accedieron los caballeros andantes catalanes, pese a ser ya entrada la noche; pero la música seguía sonando lenta y acompasada, con ritmo monocorde junto a los tenues candiles del puente; y era un placer de mil cuitas escondidas este conversar entre damas de la más noble hidalguía castellana y andantes caballeros de otras tierras. Así que Francí Desvalls, como movido por el resorte de un escondido hechizo, tomó la palabra de nuevo, para evocar conmovido al amigo muerto:

—“A las nueve carreras encontró Suero a Claramunt e dióle un tan gran golpe, que le lançó todo el fierro de la lança por el ojo izquierdo fasta los sesos, e fizole saltar el ojo fuera del casco, e rompió su lança en él con un palmo de asta... fasta que cayó del caballo muerto en el suelo...”.

Quedaron contristadas las beldades, pues una muerte no es para alegrar a nadie, a menos que se trate de un bellaco. Decidieron proseguir juntos su viaje caballeros y bellas damas, para así disfrutar de más historias y leyendas, con las que comparten siempre la grata compañía romeros y caminantes. Compostela estaba aún lejos; las nobles damas castellanas y los andantes caballeros catalanes pensaban en su fuero interno, cada cual por su lado, que sería posible aún saborear bellos momentos. Advertido por el hostelero que aún estaban propicios al esparcimiento los viajeros, hizo entrar al salón a un coplero, quien con acompañamiento de siringa y vihuela entonó un *Romance Mozárabe Leonés* de esta guisa:

Despacio iba el jinete/ cabalgando por Toledo
entre las espesas nieblas/ de la noche y el silencio,
mientras aciago recuerda/ la grandeza de aquel reino,
de aquel reino de León/ soñando con poder verlo.
Largo y vasto es el camino/ recorrido con empeño
desde la califal Córdoba/ a la capital del reino,
desde Córdoba la llana/ a la gótica Toledo,
desde la vieja urbe regia/ a este entorno de ensueño,
donde florecen cenobios/ ornados de arte y misterio:
por Santiago de Peñalba/ entre la nieve y el cielo,
Santo Tomás de las Ollas/ por donde florece el brezo
otros hermanos mozárabes/ sembraron arte y sosiego;
San Miguel de la Escalada/ perla anclada en el misterio,
Tábara con su escritorio/ puso duende al alfabeto.
Llegar a Molinaseca/ la noble puerta del Bierzo,
hollar sus montes oscuros/ quieren todos los sureños,
huyendo de tierras moras/ hasta este dulce embeleso.
Atrás quedan mil batallas,/ hazañas de caballeros,
ínclitas glorias perdidas,/ sombras de bruñido espejo
y los amores vividos/ con las damas de sus sueños,
hermosas damas sureñas/, cuyo amor es un recreo.
Despacio pasó el jinete/ por las calles de Toledo,
mientras evoca los montes/ ansiados con tanto empeño,
estas montañas del Bierzo/ que tiñen de niebla el cielo.
Su ágil paso hacia León/ encamina este guerrero
que cabalga desde el sur/ en busca de sus ancestros.
Al-Ándalus, tierra mora,/ no quiere cristianos viejos;
Córdoba, capital mora,/ desdeña cristianos nuevos.
Él trae ricos sabores,/ vientos suaves de aire fresco,
torna con maduros frutos/ para iglesias y conventos.
Es un mozárabe más/ que llega a estos veneros
de las tierras de León/ desde los campos sureños.
Despacio pasó el jinete/ por las calles de Toledo,

pues era alegría grande/ el viejo sabor del reino.
Cruzó la Sierra Morena/ cabalgando como el viento,
atravesó Carpetania/ con ansias de prisionero
que desea llegar pronto/ a un dulce hogar duradero;
encontró aquí su posada,/ lugar de su edén eterno.
Espacio pasó el jinete/ por las calles de Toledo
entre las espesas nieblas/ de la noche y el silencio
por no despertar las piedras/ que latían con denuedo,
como aguardando con prisa/ su anexión al nuevo reino.
Pero aún quedaban muy lejos/ las bellas lindes del Duero,
las del Sil, Cúa, Boeza,/ las dulces tierras del Bierzo,
las del Selmo y las del Burbia/ con sus riberas de ensueño
y sus álamos de oro/ con mil sutiles arpegios,
donde los pájaros cantan/ dulces trinos mañaneros.
De prisa pasó el jinete/ los caminos polvorientos
por la ancha y llana Castilla/, la de los ríos veneros,
la de las lomas suaves/ por majadas y oteros.
Prisa tenía el jinete/ por pisar nuevos senderos,
para arribar a León,/ nueva capital del reino.
Divisó montes azules/ tan cerca pero tan lejos.
Tenía prisa el jinete,/ casi podía cogerlos
en la nívea lontananza/ del espejo de sus sueños.
Orillas del Sil y Cúa/, las del Oza y del Meruelo,
encinares y castaños,/ la blanca flor del cerezo,
siempre soñando en vosotros/ y yo viviendo tan lejos.
Tal musitaba el mozárabe/ que era noble y caballero;
cuando ya en el Bierzo entraba/ lágrimas de terciopelo
sus mejillas derramaban...

Finalizados los versos del *Romance Mozárabe Leonés*, se apagaron también los ecos de la siringa y la vihuela; el hospedero batió palmas como invitando al recogimiento. Se retiraron pajes, hidalgos, palafreneros, sirvientes, menestrales y otros viajeros. Pero Riambau y Francí, caballeros andantes catalanes, y Leonor y Guiomar, bellas damas castellanas, querían seguir saboreando un poco más aquella noche encantada. E iniciaron un breve paseo nocturno a orillas del Meruelo; el suave murmullo de sus aguas competía con el leve susurro del aleteo de la brisa en los árboles. En la alta noche sólo los rutilantes astros fueron testigos de sus halagos y palabras, que escondían cuitas apremiantes. Para ellos era la merecida paz del guerrero y el sosiego del caminante y, para ellas, el encuentro furtivo de la dama con el príncipe encantado de los sueños, que está vedado saborear todos los días.

Al día siguiente, a buen trote de corceles y jamelgos, la comitiva de caballeros andantes catalanes y el cortejo de las nobles damas castellanas partieron de Molinaseca por la calle real, dejando atrás el palacio de Doña Urraca, el Crucero de piedra y las mansiones blasonadas. Pusieron rumbo hacia el

monasterio de Carracedo, en el corazón del Bierzo a orillas del Cúa; allí pensaban llegar para comer y descansar durante los calores del mediodía en la paz cisterciense. Compostela estaba aún lejos, pero muy cerca la paz hallada entre los altos montes, los verdes valles y las suaves colinas del Bierzo, pobladas de viñedos.

Pronto llegaron al burgo de Puente Boeza, surgido alrededor del puente sobre el río del mismo nombre, que muy cerca aguas abajo se entrega a un Sil agitado y turbulento. Desde hace casi dos siglos el obispado de Astorga cobra los derechos de pontazgo por cruzar este puente; también cobra los impuestos del pequeño burgo, por concesión del rey Fernando II. Tras cruzar el puente, malo y peligroso, sobre el Boeza, ya estaba a la vista la fortaleza del castillo de Ponferrada, entonces en febril construcción; se estaba ampliando el recinto de sus muros y estaban surgiendo altas y numerosas torres, antes inexistentes. Pedro Álvarez Osorio lo señoreaba junto con su esposa Beatriz de Castro. Dos ríos terribles ciñen la fortaleza: el Sil y el Boeza; desde esta fortaleza se contempla un valle hermoso y redondo, rodeado de montes boscosos, colinas de viñedos y elevados picos. En el puente sobre el Boeza esperaba a la comitiva un monje cisterciense, avisado el día anterior por un paje del mesonero de Molinaseca; quien les esperaba era el prior de Naraya, rico priorato dependiente de la abadía de Carracedo; él les acompañaría durante la próxima legua y media; el prior de Naraya tenía excelentes relaciones comerciales con el mesonero de Molinaseca; le vendía sus ricos y afamados vinos blancos de Naraya y claretos de Narayola color cereza. Tras los saludos de rigor Joan de Camós preguntó al monje por la identidad de los señores de tan belicosa y fortificada plaza de Ponferrada. A lo que el monje repuso:

—Este Don Pedro es el Conde de Lemos, Señor de Cabrera y de Ribera, casado con Beatriz de Castro, descendiente en línea directa del rey Enrique II de Trastámara. Cuentan que en el año 1211 el rey Alfonso IX donó la villa de Ponferrada a los Templarios; el Temple había llegado en 1178 para proteger los peregrinos que pasaban hacia Compostela; el Temple construyó allí una pequeña fortaleza en la parte norte del actual castillo. Tras la extinción del Temple hace un siglo y pico, la plaza estuvo en manos de los Osorios, los Castros, los Enríquez y los Trastámaras. Aquí vivió la reina Juana, rechazada por su esposo Pedro I el Cruel; sí, Doña Juana de Castro y Trastámara, que seguía muy enamorada de su marido, pese a su crueldad; por eso algunos la llamaban por aquí “la reina loca de amor”. Hoy señorea la plaza un Osorio casado con una Trastámara, Don Pedro y Doña Beatriz, que Dios y San Bernardo los bendiga; forman una hermosa y joven pareja, una pareja feliz, que sin duda traerán beneficios, prosperidad y bienestar a esta tierra.

—Merece la pena otear el recinto y contemplar estas impresionantes construcciones, que se están realizando— añadió Joan de Camós.

Y tras contemplar desde el sur los torreones de la fachada principal y la torre de Cabrera, rodearon la fortaleza por el este; levantaban las altas torres de Malvecín y de Malpica; luego dieron la vuelta por la fachada norte, para tomar el atajo del Rañadero, oteando la vieja fortaleza primitiva y la torre de homenaje, así como dos torres en construcción flanqueando el Sil: la torre del Duque al norte y la torre del Moclín al sur, formando un conjunto imponente, infranqueable para cualquier enemigo en cualquier guerra. Ballesteros, falconetes y esmeriles hacían ya la guardia en sus torres, tanto en las ya construidas como en las que estaban en construcción.

—Es una fortaleza digna de León y de Castilla y digna de un rey como nuestro Juan II— apuntilló Doña Guiomar, a lo que asintió Doña Leonor.

Luego la comitiva bajó por la empinada y peligrosa cuesta del Rañadero hacia el puente sobre el Sil. Luego prosiguió el prior, a modo de sabio cicerone:

— Cuenta Alfonso X el Sabio en su *Primera Crónica General*, que los silingos, una facción de los suevos, habitaron estas tierras “cabe el río que llamaron Sil, desde que nace fasta do cae en la mar”. Así que Sil tiene que ver con los silingos.

No estuvo de acuerdo el no menos culto caballero andante Rimbau de Corbera, que sabía cinco lenguas como le gustaba presumir: italiano, francés, latín catalán y castellano. Así pues, Rimbau se sintió obligado a intervenir para deshacer el entuerto y dijo:

— En latín *sil, silis* es un término documentado en la *Naturalis Historia* de Plinio y en la *Architectura* de Vitrubio; significa “ocre”, también denominado “sil”; es una especie de lodo de color amarillento, que sin duda arrastra este río, rico en oro según es tradición; y de aquí debe venir el nombre de este río indiscutiblemente.

— Este puente dio nombre a la villa de Ponferrada— prosiguió el prior, que no quiso entrar en las razones filológicas y de exegética literaria expuestas por Rimbau.

—Pero ¿cuándo y por qué se hizo este puente?— intervino Johan de Camós metiendo baza en la charla. Y repuso el cisterciense, tratando de ser lo más exacto posible para evitar posibles ataques dialécticos:

—Fue en el año 1085. Lo mandó hacer un tal Osmundo, un cluniacense francés con aires reformistas que llegó a obispo de Astorga. Uno de esos cluniacenses que nos invadieron y anegaron por obra y gracia de nuestro rey Alfonso VI, el que tomó Toledo.

—Sí, el que tuvo que jurar en Santa Gadea ante el Cid y luego lo mandó al destierro— precisó el catalán irónico.

—El mismo— repuso el prior, quien prosiguió su exposición diciendo:

—Está bien documentado este puente. Recuerdo ahora un documento del año 1177; por él nuestro abad de entonces, llamado Gualterio, compró un molino junto a este puente a un tal Martín Costales; el molino todavía es nuestro y el documento conservado en el archivo de la abadía de Carracedo, redactado en buen latín, dice así textualmente, si mal no recuerdo:

Ego Martinus Costal, cum filiis et filiabus meis, facio cartam uenditionis uobis domino Gualterio, *abbati Carracedae* et conuentui de *uno molendino*, quem emi a *Petro de la Vega*, et est *super Pontem Ferratum*, in flumine quod dicitur Sil, et in pretium de uobis accepi centum solidos.

Exaltóse el noble castellano Pedro de la Vega, al oír nombrar en latín a un tal Petro de la Vega en un documento de hacía más de dos siglos y medio; y rogó al prior, que vertiese al castellano lo expre-

sado en latín, aunque fuese tan sólo por conocer detalles de un homónimo suyo de tanto tiempo atrás. A lo que accedió el prior diciendo:

—Yo Martín Costales, junto con mis hijos e hijas, hago documento de venta a favor de vos, señor Gualterio abad de Carracedo, y a favor del convento, de un molino que compré a Pedro de la Vega, y que está más arriba del Puente de Hierro, en el río que llaman Sil, y el precio que recibí de vosotros es de cien sólidos.

Bromearon los andantes catalanes, sugiriendo que al parecer hacía dos siglos y medio ya “andaba metido en harina” el noble castellano Don Pedro de la Vega. Y todos jocosamente rieron largo rato, aceptando Don Pedro de buen grado la broma, pues las bromas de molinos no siempre resultan ser harina de otro costal. Luego el prior prosiguió su narración, pues se había tomado en serio su papel de cicerone. Y dijo así:

—Con este puente se evitaba un rodeo de una legua en el Camino de Santiago. Cuando Ponferrada aún no existía, porque no existía el puente que le dio origen y nombre, los peregrinos iban dando un rodeo por Santo Tomás de las Ollas, joya de la arquitectura mozárabe; cruzaban el Sil por la Fuente de la Azufre y continuaban después por Compostilla, en cuya capilla se venera una Virgen, una de las más hermosas tallas que existen del siglo XII. Luego por Columbrianos los peregrinos buscaban Fuentes Nuevas, Naraya y Campo. Ahora, señores caballeros andantes y bellas damas, el camino va directo desde el puente de Osmundo hasta Naraya y Campo, donde se divide en dos: el que, por el realengo de Magaz va a Cacabelos y el que, por nuestra granja de Narayola, se dirige al monasterio de Carracedo.

Y con esta charla ya había dejado atrás Cantalobos, denso bosque de tupidos robledales y resecos encinados; por allí era difícil pasar en las noches oscuras sin oír los aullidos de los lobos, según comentó el prior. Se divisaba el poblado de Naraya, el más rico priorato de Carracedo por sus extensos y preciados viñedos, los más antiguos y afamados junto con los de Narayola. Aquí les despidió el prior de Naraya, y allí les aguardaba frey Loys, un monje de Carracedo. Junto al hospital y cerca de la ermita de la Soledad la comitiva giró a la izquierda tomando el camino real; a la derecha del mismo la verdosa geometría de los viñedos vestía de colorido la colina, que trepaba hasta la mancha oscura de la Divisiña que coronaba la cima. El monje de Carracedo se mostró locuaz y quiso hacer un comentario:

—Los monjes no hemos conseguido que ningún forero se aventure a roturar esa cima agreste y montaraz; además es bueno que algo quede para los hermanos lobos, como diría San Francisco de Asís.

—¿No será que San Bernardo *ualles amat*, así como San Benito *colles amabat*?— repuso, terciando en la charla, el caballero andante Bernat de Requesens, entendido no sólo en órdenes de caballería, sino también en órdenes monacales, pues no en vano había leído con igual comedimiento la *Crónica* de Muntaner y la *Regula* de San Benito.

Y ya cerca, como a una legua quedaba el monasterio. Al cruzar Narayola el monje preguntó a la comitiva si no les sonaba este nombre y una hermosa canción al respecto. Algo les sonaba a las damas castellanas, pero nada a los caballeros andantes catalanes; así que frey Loys, no tuvo más remedio que tararear, ya pasada Narayola, esa hermosa canción que dice:

Camponaraya, Naraya,
y a su lado Narayola,
un poquito más arriba
queda la Válgoma sola.
Camponaraya, Naraya,
y a su lado Narayola,
ten cuidado rapaciña
nun vayas ò baile sola.
Camponaraya, Naraya
y a su lado Narayola.

Este final de la copla, cantada por un monje, hizo sonreír con maliciosa dulzura a Leonor y a Guiomar; especialmente lo de *rapaciña* y lo de “ir al baile sola”. Advirtiéndolo el monje y al instante repuso:

—También Jesús tuvo su Magdalena; en nuestro monasterio tenemos cartas de San Bernardo a Doña Sancha y de ésta al Santo o al menos, eso dicen. En el corazón de todo hombre late, escondido o no, el amor de una mujer.

—Este pueblo que acabamos de cruzar, Narayola, parece rico y grande— terció Bernat de Requesens para cambiar la conversación. A lo que el monje de Carracedo contestó:

—Sí; es una de nuestras mejores granjas. Sólo en la primera mitad del siglo XIII realizamos allí más de medio centenar de grandes transacciones comerciales, ventas, compras, permutas, no ya migajas de foros y contratos. La gente es laboriosa y sabe velar por sus bienes y sus intereses.

—¿Y siempre se ha llamado así este pueblo?— Rimbau preguntó, pues era amigo de cuestiones toponímicas; no en vano conocía cinco lenguas: francés, italiano, catalán, castellano y latín, de lo que le gustaba presumir. Y frey Loys, que era un monje muy culto repuso:

—En nuestra documentación del archivo monacal, antes de llamarse Narayola, aparecen otros nombres tales como *Naraola*, *Narajola*, *Naraiola*; pero está claro que es un topónimo derivado de Naraya en forma diminutiva con el sufijo latino *-olus* en femenino; luego lo correcto es Narayola; lo que ocurre es que muchos copistas no supieron transcribir esa palatización.

El caballero andante Rimbau de Corbera se dio por contento con explicación tan minuciosa y a la vez tan sencilla. Así que esbozó un elogio hacia la abadía diciendo:

—Sin duda los monjes de Carracedo están versados en Gramática y en Retórica y demás artes liberales; parecen más bien sabios, si todos son como frey Loys; no podrá decirse de ellos un dicho que cuentan los franceses de muchos monjes españoles.

—¿Qué dicho es ese?— preguntó el cisterciense.

—Que los monjes españoles mascullan el latín, pero ni lo saben ni lo entienden— repuso Riambau.

—Eso no pueden decirlo de nosotros que tenemos que leer a nuestro padre fundador San Bernardo, que sólo escribió en latín. Y tenemos que leerlo en latín naturalmente, pues traducirlo sería traicionarlo— objetó frey Loys.

—Así es en efecto, *traductio traditio*, traducir es traicionar; se lo digo yo que hablo cinco lenguas— concluyó el caballero andante con cierto aire de vanidad mal contenida. Y apostilló Riambau de Corbera:

— Por eso los gobernantes quieren que la gente sólo hable una sola lengua: para confundirlos mejor y tenerlos más a su merced. Menos mal que aún quedamos caballeros andantes para *desfacer* entuertos. ¿Qué será del mundo cuando nosotros no estemos?

Y en esto diciendo, avistaron la abadía adormilada entre las verdes frondas del río Cúa; desde el Cúa fluían regatos diversos y alegres riachuelos, con los que se regaba y recreaba la huerta monacal, llena de frutales y hortalizas. Pronto llegaron ante la portada de la abadía, que ya tenía tres siglos; allí les recibió el abad y parte de la comunidad; presidía la portada el pantocrator con los cuatro tetramorfos, conjunto que parecía vigilado por dos pétreas estatuas de rostros afilados y estilizado perfil; eran las efigies de Alfonso VII el Emperador y la de San Florencio, el abad de la segunda fundación con monjes venidos con él de Santa María de Valverde de Corullón, según explicó frey Loys.

—¿Ah, pero hubo aquí segunda fundación?— preguntó con curiosidad Juan de la Vega que no había abierto el pico desde Molinaseca, como si hubiese viajado adormilado a lomos de su corcel.

—Pues verá usted— repuso el abad Lope de Castro, quien le aclaró lo siguiente, mientras les mostraba la fachada norte y oeste de la abadía:

— La primera fundación data del año 990. Fue Vermudo II el Gotoso, quien donó esta posesión suya a los monjes que huían de las terribles *vazzias* de Almanzor; y aquí quiso ser enterrado Vermudo II, según un documento de nuestro archivo que dice *et mando ibi corpus meum in sepulturam*. El año 999 murió el rey Gotoso en su palacio de Villabuena, unas dos leguas aguas arriba del río Cúa; hubo que enterrarle provisionalmente en Villabuena, pues su panteón aquí aún no estaba finalizado; pero al poco tiempo los restos de Vermudo II fueron trasladados a su panteón en Carracedo, pues así lo dejó él escrito expresamente. Más tarde el cenobio fue abandonado por cierto tiempo. La segunda fundación, ya dentro de la regla benedictina, la llevó a cabo San Florencio, de acuerdo con Alfonso VII y su hermana Doña Sancha; era el año 1138, el mismo año en el que el rey traspasó a la abadía de Carracedo la villa de San Andrés de Montejos con sus canteras y bosques. De entonces es esta portada y esta iglesia y parte del convento; la piedra para las construcciones se extraía de las canteras de San Andrés de Montejos, que los antiguos llamaban *Monte Helios*, es decir Monte del Sol; y en efecto, sobre la cima de ese monte, otrora castro celta, el sol se despereza cada mañana, alboreando con los colores rubicundos del nuevo día. La tercera fundación llegó en el año 1203; de tal fecha es la bula de Inocencio III del 22 de noviembre, fechada en Agnani, donde entonces se encontraba el Santo Padre, gran admirador de San Bernardo

y del Císter; por tal bula papal Carracedo entra en el Císter, y en eso consiste la tercera fundación; de esa época es la armoniosa sala capitular, tan parecida a las de Oseira y Sobrado dos Monxes; otras varias dependencias de la abadía se construyeron en esa época de esplendor que se iniciaba con el siglo XIII; Inocencio III confirmó las posesiones de nuestra abadía que se extendían hasta Valderas y Toro por el este; por el oeste dependían de Carracedo los cenobios de Monferro, Pennamayor, Montederramo y Meira en Galicia; en el norte desde aquí se gobernaban dos cenobios en Asturias, el de Santa María de Lapedo en Belmonte y el de Villanueva de Oscos; y cada uno de estos cenobios tenía sus prioratos y sus granjas, como los tiene esta abadía de Carracedo. Por el sur el cenobio de San Martín de Castañeda en los montes de Sanabria era el límite de nuestras posesiones. Carracedo era una especie de orden, a su vez dentro de la orden del Císter. Ha habido pues tres fundaciones de esta abadía. Y como ahora, en el año del Señor de 1434, estamos atravesando una época de crisis, sospecho que tal vez Carracedo conocerá más posibles reformas futuras—. Así se expresó el abad Lope de Castro con cierto tono de pesimismo contenido, como si ya entreviera los lejanos peligros al acecho, tras la bruma de los tiempos venideros.

Tras esta exposición histórica del abad, la comitiva de andantes caballeros y damas castellanas pasó al claustro central; allí se despidió el abad y demás monjes entre los que estaban el prior Fernán Dias, el cantor frey Marcos, el bestiarío frey Pedro y el sacristán frey Fernando. Tras orar ante Santa María, frey Juan de San Martino fue encargado de mostrar a las damas sus aposentos; a frey Juan de Sobrado se le encargó que acompañara a los caballeros a sus habitaciones en la zona de huéspedes junto al claustro oeste. Frey Fernando debía mostrar sus alojamientos a sirvientes, palafreneros, pajes y demás vasallos en la planta baja de la zona del claustro este. Los huéspedes se quedarían por una noche sin ningún estipendio, como en la Orden del Císter era preceptivo para peregrinos.

Una hora más tarde sonaba la campana para la comida en el refectorio, sito en el centro de la planta baja del ala sur del claustro principal. Los monjes, y con ellos también los huéspedes, pasaron en fila a lavar sus manos en la fuente sita en medio del claustro central, siguiendo la tradición monacal; era aquella una fuente muy original que llamaba la atención por su sencillez y su bella factura de aires clásicos; no se resistió a preguntar algo sobre esta fuente el caballero andante Rimbau de Corbera que no sólo sabía cinco lenguas, sino que era incluso aficionado y secreto amigo de ninfas, sílfides y náyades acuáticas; Rimbau preguntó al prior ya entrando al refectorio; y frey Fernán Dias, tras tomar asiento junto a este caballero andante, muy cultivado en las artes y en las letras, le aclaró lo siguiente:

—Es una fuente traída de la ciudad romana de *Bergidum Flauium*, cuyos restos están muy cerca de aquí, a menos de una legua en línea recta, si se pudiera cruzar el Cúa. En tiempos de los celtas se llamaba *Bergida*, que significa “ciudad en lo alto”. Ante sus muros los romanos libraron la batalla de *Bergidum* contra astures y cántabros, que huyeron hacia el *Mons Vindius*; Carisio les persiguió hasta casi el nacimiento del Cúa y acampó en un pueblo que todavía hoy se llama Cariseda; esa batalla tuvo lugar por el año 25 antes del nacimiento del Señor. *Bergidum* fue municipio romano desde la época de los emperadores Flavios; ello explica el segundo elemento de su nombre *Bergidum Flauium*. La citan las guías de la antigüedad, como el Itinerario Antonino y el Anónimo de Rávena, del siglo II y VI respectivamente. Desde ella se controló la extracción del oro de Las Médulas durante dos siglos y medio, por lo que debió ser una ciudad floreciente en tiempos del Imperio Romano. En el siglo IV allí debió nacer Egeria, autora de un famoso

Itinerarium ad loca sancta, obra citada por San Valerio como escrita por una autora de su tierra. Egeria fue la primera mujer que escribió un libro en las tierras de España. La ciudad todavía existía en el siglo VII y allí debió nacer San Fructuoso en ese siglo, hijo de un jefe militar godo; y Bergidum tenía entonces destacamento militar por ser una plaza fuerte. Pero lo suyo no era la milicia, sino fundar monasterios. Y ya ven cómo acabó el tal Fructuoso: arzobispo de Braga, ciudad muy importante entonces, pues acababa de ser capital del reino suevo. Una moneda acuñada en tiempos de Sisebuto pone como su ceca lo siguiente: *Bergio*. Los documentos del siglo IX ya escriben el leonesismo *Berizu*, salido de Bergio, su nombre dos siglos antes; posteriormente aparece *Berizo*; de aquí procede el actual término “Bierzo”. La estatua de la fuente que deja fluir el agua por su boca es la diosa Cauca, hermana de aquel Caco que le robó los bueyes a Hércules, según cuenta la leyenda; ella le contó a Hércules dónde Caco tenía escondidos sus bueyes; eran los bueyes que Hércules a su vez había robado a Gerión, mítico rey de Tartesos. Y después de tantos robos, también nosotros consideramos que podíamos robarla y aquí está la diosa Cauca haciendo algo útil: la purificación de las manos antes de entrar al refectorio; al fin y al cabo las Vestales también le rendían culto en Roma, ofreciéndole sacrificios en el templo de la diosa Vesta, según cuenta Lactancio, el Cicerón cristiano.

—Y ¿dónde cuenta eso Lactancio?— inquirió el caballero andante con cierto aire de curiosidad malévola.

—En su obra titulada *Diui narum Institutionum*, libro uno, capítulo veinte— respondió fray Fernán Dias con aplomo y serenidad. En esto decidieron a iniciar la comida el caballero y el prior, ya que ambos habían estado de charla en voz baja sin probar bocado. Desde el púlpito del refectorio un monje, escondido tras su atril, leía en latín un capítulo del *De gradibus humilitatis et superbiae* de San Bernardo, fundador del Císter. En sus palabras sobre la humildad y la soberbia, el Santo atacaba la dialéctica de los filósofos, considerándola un mero juego artificial de palabras.

—La dialéctica esconde más presunción que sabiduría, hay en ella dúctil halago y zalamería más que verdadero contenido—, censuraba el Santo, que continuaba increpando por boca del monje lector:

—Hay que reprimir la creencia de que somos sabios; debemos escondernos en el silencio de nuestra ignorancia; ya los sabios antiguos escribieron *bene uixit, qui bene latuit*, “bien vivió quien bien se escondió”. Sólo Dios lo sabe todo y al hombre le está vedado saber; quienes creen saber, pretenden ser como dioses, a semejanza de aquellos que querían escalar el cielo con la torre de Babel—, clamaba y tronaba San Bernardo. Era el refugio en el misticismo cisterciense; y era la negación de la acción de los caballeros andantes, pensó Rimbau, que sabía latín y seguía el hilo de la lectura monacal. Los otros caballeros andantes catalanes, ignaros del latín, no habían tenido la oportunidad de pensar tal cosa, pero se ahorran los iracundos tronidos de San Bernardo.

—La ignorancia ahorra muchos disgustos a quienes la detentan; es sólo cuestión de dejarse gobernar por otros; por eso quienes aspiran a gobernar, e incluso quienes gobiernan, fomentan la ignorancia ajena—; tales cosas pensaba Rimbau de Corbera, mientras por boca del monje lector, tronaba el Santo fundador del Císter, azote de Abelardo y Eloísa, apologeta de las Cruzadas, martillo de infieles y herejes.

Se comía bien por el año 1434 en el monasterio de Carracedo; demasiado bien, si tenemos en cuenta la *Regula monachorum* de San Fructuoso o la *Regula Sancti Benedicti*, escrita en Montecasino en

la lejana fecha del siglo V; su autor, el Padre de Occidente, San Benito, basaba y resumía su obra en dos palabras: *ora et labora*; se comía demasiado bien en Carracedo, si tenemos en cuenta las prescripciones que San Bernardo estableció para el Císter. Era aquella una época de decadencia religiosa en los cenobios, cuya vida se había relajado a consecuencia del Cisma de Occidente y con el mal ejemplo de los reyes de la época; había hijos bastardos en todas las Cortes regias de los reyes cristianos de aquellos tiempos. No es de extrañar que las diversas clases sociales tuviesen entonces distinto tipo de alimentación, incluso en los monasterios. Aquel día la comitiva peregrina a Compostela comió en Carracedo de la siguiente guisa:

Se sirvió primero una sopa de pescado con acelgas. Siguieron luego raciones de huevos cocidos con truchas del lago de Carucedo y anguilas del Sil y del Cúa. Pan de trigo para monjes y huéspedes; pan de centeno para vasallos, siervos, pobres y perros. Para monjes y huéspedes nobles se sirvió media libra de carne de carnero para cada comensal; el carnero con garbanzos y condimentos de zanahoria, iba adobado con cebolla y perejil, amén de salsas al ajillo; quienes quisieron dispusieron también de una ración de liebre o de pollo a elegir, con acompañamiento de repollos y salsa de ajo y perejil. Siervos, criados, pajes, vasallos y palafreneros recibieron la misma ración, pero de carne de vaca condimentada con puerros y alubias. A los pobres y a los perros no se les daba carne, si acaso un buen plato de caldo a los primeros y algún que otro hueso a los perros, pues sabido es que la carne es enemiga de la buena penitencia. Para beber los comensales podían elegir entre medio cuartillo de vino blanco de Naraya, o medio cuartillo de clarete color cereza de Narayola. La posible elección era clara prueba de la abundancia de tal producto en la abadía; la bodega de Carracedo tenía dieciséis cubas sin contar los pellejos; por eso quien quisiera podía repetir la bebida con un medio cuartillo más por estar próximas ya las fiestas de San Bernardo, fundador del Císter y patrono del lugar. No se servía vino a pajes, criados, palafreneros y pobres, por considerar que el báquico elemento era demasiado peligroso para ellos; no en vano ya dijeron los clásicos que al dios Baco suele acompañarle Venus. De postre pusieron mermelada de membrillo de Noceda y queso de oveja, fabricado en Cervantes y Canteixeira, en cuyos montes de los Ancares sestea en verano el rebaño de Carracedo; también se sirvieron higos de Corullón y castañas de Paradaseca; luego almendras de Lombillo y nueces del valle del Oza; después ciruelas y peras de la huerta monacal, permanentemente cuidada por cuatro operarios durante todo el año, y por los que fueren necesarios en épocas de plantación y recogida. Acababa la refección y desde el púlpito, escondido tras su alto atril, el monje lector finalizaba leyendo estas palabras:

—Hay muchos grados en la humildad. El duodécimo, y último grado de la humildad, consiste en que el monje, no solamente en su corazón, sino también en su porte exterior, muestre su humildad a cuantos le ven. Pero vosotros, al menos, debéis ser humildes de corazón, como los pobres son humildes—. Así finalizaba la lectura comensal y con ella el tiempo para la refección de la hora sexta. Y el andante caballero Joan de Camós pensó para su fuero interno:

—¡Ay! Triste realidad, nosotros debemos ser humildes de corazón, pero los pobres lo son por imperativo vital. ¿Dónde estará, Señor, la verdad? ¿Qué sería de los pobres, los verdaderamente humildes, sin el cobijo y protección de la andante caballería que no atiende a razones ni a sinrazones de ninguna facción?

Siguió la breve oración de acción de gracias en la iglesia monacal, que aunque más humilde, a Joan de Camós le pareció similar a la de Santes Creus y a la de Poblet, allá en sus lejanas tierras catala-

nas. Después vino la hora de la siesta; pero Riambau y Francí Desvalls aprovecharon para pasear con Leonor y Guiomar, primero cerca de la botica, que despachaba entonces por cerca de cuatro mil maravedís; después rodearon el palomar, sito al oeste de la abadía y allí contemplaron el arrullarse de palomos y palomas; traspasaron el molino, que ya hace un siglo producía a la abadía ganancias por varios miles de morabitanos; luego siguieron la principal acequia que nutre al molino, anchurosa casi como un río. Después se alejaron hacia las orillas sombreadas del Cúa, siguiendo el murmullo de un arroyo cantarín; llevaban cogidas sus manos e iban diciéndose los requiebros, que la hora de la siesta y la belleza del lugar propiciaban. Riambau y Leonor se sentaron bajo un nogal centenario de pálida corteza. Francí y Guiomar se detuvieron junto a un aliso corpulento de oscura tez esbelta. El buen yantar y el buen beber habían hecho su efecto en aquellos cuerpos jóvenes y ansiosos. La hora de la siesta se había prolongado en demasía. Y en efecto, los clásicos tenían razón: a Baco suele unírsele generalmente Venus. Y en mayo del año siguiente, nueve meses más tarde, dos hermosos retoños nacieron en Castilla, sendos hijos de Leonor y Guiomar.

Al día siguiente temprano la comitiva de caballeros andantes catalanes y de damas castellanas proseguía su camino hacia Compostela. Frey Loys, que les había acompañado la jornada anterior desde Naraya, tenía ahora la misión de escoltarles hasta el santuario de Virgen de las Angustias en Cacabelos. Pasaron los pequeños pueblos de San Juan y de San Martín, feraces granjas de la abadía, que había impuesto tales topónimos, siguiendo la piadosa afición hagiográfica de la *Flos Sanctorum* de Juan de Vorágine, obra muy leída por aquellos tiempos. Tras una cabalgada de casi una legua los jinetes vieron ya de cerca a Cacabelos entre la arboleda; allí la abadía poseía casas y viñas; pero la villa era señorío eclesiástico de Santiago; y el control de impuestos e ingresos de sus iglesias dependía directamente de Compostela; eso dice la *Historia Compostelana*, escrita hacia el 1108 bajo auspicios de Gelmírez, arzobispo de Compostela. Gelmírez repobló el burgo de Cacabelos, que estaba destruido y reedificó la iglesia de Santa María en el centro del burgo; en 1128 el pueblo adquirió la categoría de "villa", tal como explicó frey Loys; y tras cruzar el río está el santuario de la Quinta Angustia, parada obligada para los peregrinos y allí descabalaron los miembros de la comitiva. Visitaron el templo y ascendieron al camarín de la Virgen para besar su manto. En la vieja puerta de la sacristía, ya casi carcomida por los siglos, frey Loys les mostró un relieve en madera con el niño Jesús jugando a las cartas con San Antonio, obra sin duda de algún peregrino tahir aficionado a la escultura. Frey Loys comentó que este relieve en madera estaba tan carcomido, que era preciso realizar una nueva escena similar, para perpetuar su memoria antes que desapareciera. A la salida del santuario, un coro de niñas cantaban en la lengua de la tierra:

“Virgen d’a angustia pura
q’os homes das amor, gracia, consuelo
esperanza e ventura,
en tanto que no suelo
che deron eles solo luto e duelo.

Oh reina soberana,
que morto o peito õ Redentor reclinas
da nosa especie humana,
en cuanto en perlas finas
amargo choro d’os teus ollos mana.

Por aquella ferida
que recebiche con dolor profundo,
cuando foche advertida
ca víctima elexida
era teu fillo para salvar o mundo”.

Quedaron maravillados y prendados los caballeros andantes catalanes y las damas castellanas con el son tan armonioso de esta hermosa canción. El culto caballero Riambau, que sabía cinco lenguas, había comprendido casi todo, pero no acertó a descifrar el significado exacto de algunas palabras que se le escaparon. Así que dirigiéndose a frey Loys le preguntó:

— ¿Qué lengua es esta que hablan los niños por aquí, amable cicerone?

— Gallego es, sin duda, aunque teñido de algún leonesismo local, señor andante caballero. Acabamos de cruzar el Cúa y ha de saber que desde el Cúa hacia el oeste es gallego en lo que hablan las gentes, pues del arzobispo de Santiago dependen. Y en esa lengua compuso nuestro rey Alfonso X el Sabio sus *Cantigas en loor de Santa María*.

Después frey Loys entregó a la comitiva una carta de presentación para Don Mendo Tato y Doña Tarasia García, foreros de Carracedo y vecinos de Villafranca, por si precisaban algo en tal villa o si querían detenerse en ella. Despidióse la comitiva de frey Loys, que subió presto a su caballo y retomó el puente sobre el Cúa para retornar a Carracedo. Y pronto la comitiva ascendía la cuesta de Pieros, camino de Villafranca, contemplando de cerca a su izquierda los muros aún altos y bien visibles de lo que había sido la ciudad romana de *Bergidum Flauium* y el lugar de la famosa batalla. La muralla, que conservaba restos de cubos y torreones, parecía tener unos mil metros de perímetro y su altura sería como de dos a tres metros. Al cruzar el próximo poblado de Pieros, otrora posesión del Temple, un vecino al paso les contó lo que sigue:

— Cerca de las murallas de esa fortaleza se encontraron aras escritas en latín; una en honor a las Musas Camenas y otra en honor a Júpiter Dolichoeno. También por aquí se rindió culto a la diosa Isis en tiempos del Imperio Romano; pero antes de la llegada de Roma adoraban a Bodo, dios de la guerra y a Degantia, la diosa de las aguas; también en honor a ellos se levantaron altares, que aún se conservan.

— Parecen cosas muy extrañas y peregrinos embustes eso que usted cuenta— repuso Don Pedro de la Vega.

— Pues no lo son tanto. Mire, aquel monte que se ve allá lejos es el Aquiana; pues se llama así en honor al águila que portaban los estandartes de Roma; y el águila era el símbolo del dios Júpiter, el más poderoso de los dioses romanos, el que traía las lluvias. Y de allí partían varios canales que conducían el agua hasta Las Médulas, de donde sacaban el oro los romanos. Y detrás del pico del Aquiana queda el Teleno. ¿Y sabe usted por qué se llama así?

— Pues no, no tengo ni remota idea— repuso Don Pedro de la Vega.

— Pues porque *Tilenus* era para los celtas y astures el mismo dios al que llaman Mercurio los romanos y Hermes los griegos.



Herrería de Valcarce. Fotografía Alfonso García



Ambasmestas. Fotografía Alfonso García

Prosiguió muy serio el viaje Don Pedro de la Vega, viendo que los nombres esconden bajo su caparazón etéreo e invisible una secreta realidad, que se le antojaba misteriosa y a la vez deslumbrante. Ensimismado en sus pensamientos, caviló sobre lo bello que sería el conocer el porqué de todos los nombres. Sería algo demasiado hermoso, algo imposible.

Y tras una legua y pico, cabalgando siempre rodeados por doquier del verdor de vides bien cultivadas, avistaron de pronto un ábside románico a lo lejos; era el primer edificio de Villafranca; luego supieron que se trataba de la románica iglesia de Santiago, desde donde podía contemplarse toda la villa. Allí les aguardaba Don Mendo y Doña Tarasia, previamente avisados por un jinete de Carracedo.

No quisieron demorarse en Villafranca, alegando que las horas del mediodía serían suaves, siguiendo el curso del río Valcarce hacia el Cebrero. Pero sí aceptaron detenerse un poco en la casa que Don Mendo y Doña Tarasia tenían aforada a Carracedo; era una mansión espaciosa y amplia que daba por el sur hacia la plaza del mercado; detrás, hacia el norte, la casa se abría hacia una gran huerta bien cuidada y llena de higueras, membrillos, perales, ciruelos, manzanos y guindales; mas allá de la huerta en suave declive ascendían las vides, trepando junto con almendros y castaños, entre los que se diseminaban colmenas de abejas; Don Mendo y Doña Tarasia habían aforado esta mansión a Carracedo por el tiempo de sus vidas y veintinueve años más a cambio de cincuenta maravedís de foro más dos capones al año; una verdadera ganga. Ya que no aceptaban demorarse por mucho tiempo, Doña Tarasia se puso a servir unos pinchos de chorizo y jamón de la tierra, junto con mermelada de membrillo, queso, castañas y almendras secas y frutas del tiempo. Mientras tanto el culto caballero andante Riambau de Corbera, siempre amante de conocer el pasado, preguntó a Don Mendo por la historia de la villa. Y Don Mendo dijo:

—En el siglo VIII había unas pocas chozas cerca de la confluencia del Burbia con el Valcarce; se le llamaba a ese lugar Burbia, con el mismo nombre del río que viene de los Ancares desde el norte; Burbia es celta y significa “borbotar”; más al sur había otras chozas al mismo lado del río en una feraz huerta; unas chozas se llamaban Vilela, a otras chozas se les llamaba Horta; aún hoy existen con este nombre esos dos hermosos pueblecitos; a Horta y a Vilela les llaman por aquí “las joyas de Samos”. Samos tenía por aquí antes muchas posesiones, diseminadas por El Bierzo; se ha ido desprendiendo de casi todo en competencia con Carracedo y otros monasterios. San Pedro de Montes fue adquiriendo sus posesiones en la zona este del Bierzo; ese papel lo hizo San Andrés de Espinareda por el norte especialmente en el valle alto del Cúa. Por aquí, en El Bierzo Bajo, Carracedo fue poco a poco controlando fincas, viñas, montes y huertas de Samos. Pero Samos nunca quiso desprenderse de Horta y de Vilela, de donde obtiene pesca, frutas y productos hortícolas. Entre ambos poblados tuvo lugar la famosa batalla de Burbia; corría el año 791. Vermudo I el Diácono, infausto sucesor de Aurelio, Silo y Mauregato, fue derrotado en tal batalla por las huestes de los hijos del califa Abderramán I; Vermudo decidió esperar aquí al ejército árabe, que llegaría desde Bracara por la Vía Nova; pero ya iniciado el combate apareció un segundo ejército moro procedente de Astúrica, hoy Astorga; Vermudo se vio atrapado entre dos frentes y sus tropas sucumbieron en una cruel masacre; él logró escapar a caballo y se refugió en el convento de donde había salido para usurpar el trono. Así ascendió al solio regio el joven Alfonso II, que afianzó y engrandeció el reino con un gobierno de medio siglo. Pero tras la batalla de Burbia el Bierzo se perdió para la causa cristiana durante más de un siglo.

—Pero ¿y por qué ahora se llama Villafranca, si antes el poblado se llamaba Burbia — insistió Riambau.

Y Don Mendo le contestó para aclarar la situación:

—A fines del XI los cluniacenses fundaron aquí un cenobio con el nombre de Santa María. Y el poblado comenzó a llamarse Santa María de Cluniaco. Muchos franceses pasaron por aquí hacia Santiago; algunos decidieron quedarse en este bello lugar y entonces el pueblo comenzó a denominarse *Vicus Francorum*; luego el poblado era ya una villa floreciente y comenzó a recibir el nombre de *Villa Francorum* y de *Villa Franca*, que acabó triunfando. Casi un centenar de extranjeros se establecieron en la villa entre mediados del XII y del XIII entre mercaderes, artesanos y agricultores. Por mil y pico sólidos se compraba por entonces una buena casa aquí y por cuatrocientos morabitanos una buena viña o una hermosa huerta. En el siglo XII había tres iglesias románicas: Santiago, San Nicolás y la ya citada de Cluny. En el XIII San Francisco de Asís puso la primera piedra de la iglesia que llevará su nombre; Don Pedro Álvarez Osorio aún la está finalizando y allí tiene ya reservado el lugar para su tumba. Ya por el siglo XIII llamaban a esta villa “la pequeña Compostela”.

—Es una bonita historia la de este lugar. Al regreso será preciso detenerse aquí más tiempo para conocer con más detalle belleza tanta— dijo Riambau de Corbera, pues le había complacido cuanto había oído.

Se despidieron, subieron a sus corceles, tomaron la afamada Calle del Agua, y tras dejar atrás los palacios y casonas blasonadas, la comitiva de andantes caballeros catalanes y nobles damas castellanas cruzó el puente de piedra sobre el Burbia y enfilaron el angosto valle; era el *Vallis Carceris* del *Codex Calixtinus*, hoy valle del Valcarce. Fluye por el angosto valle el río Valcarce que lo surca de oeste a este; el camino discurre con las rocas a la derecha y el torrente fluvial a la izquierda; aunque es la hora del calor aquí es grato el frescor de los árboles que flanquean el río. Este valle fue donado por Alfonso IX a Compostela. Estaban dispuestos a cabalgar unas dos o tres leguas para llegar a cenar y dormir en el Hospital de los ingleses de Vega de Valcarce, a donde un jinete de Carracedo llevó aviso el día anterior. Llevaban una carta de recomendación de Lope de Castro, abad de Carracedo, pues la abadía surtía al Hospital de los ingleses de cereales, legumbres, aves de corral, frutas y productos de huerta. Además el rebaño del Hospital de los ingleses tenía permitido pasar el invierno en los pastizales del monasterio y sestar en verano en los montes de Cervantes y Canteixeira, propiedad de Carracedo. Por ello frey Lope de Castro aseguró a la comitiva de andantes caballeros y bellas damas que serían bien recibidos en Vega, pese que allí sólo suelen recibir a romeros ingleses. Cruzaron Pereje, posesión del cenobio cluniacense del Cebrero por donación de Doña Urraca. Pereje era asaz diminuto y solaz, circundado de manchas boscosas del verde intenso de castaños centenarios; alhelíes de flores amarillas, y a veces azulinas, esparcían sus aromáticos olores desde las ventanas; y geranios enrojecidos tomaban el sol en algunos balcones. Cabalgaron por un camino escarpado, tortuoso y empinado hasta Trabadelo. Traspasado el pueblo, el color purpúreo de los brezos en flor, esparciéndose en racimos, emborracha la vista. Por Ambasmestas los castaños alternan con robles y fresnos, álamos y chopos, guindos y membrillos, perales e higueras. Y pronto a la vista Vega, última parada del Bierzo.